

CONFERENCIA X

EL PECADO COMO DERECHO

1. Los hombres se quejan, pero solamente de males pequeños y de males exteriores.—No es lucha fácil la que en las frías mañanas de invierno tiene que entablar la luz del sol con nuestras grandes poblaciones. Por millares de bocas lanzan al astro deslumbrador impenetrables nubes de vapores y nieblas, siendo raro que haya una casa bastante pobre para no contribuir, aunque en pequeña escala, á formar ese océano de humo.

Pero todo eso es nada en comparación de las columnas de maldiciones, quejas, suspiros, lágrimas, sufrimientos mudos que se elevan con esas brumas sombrías, subiendo en remolinos hacia el cielo. En esa vasta ciudad, seguramente no hay ni una chimenea de mármol por la que un mal, una aspiración, un ardiente deseo sofocado no busque salida lo mismo que por la fría chimenea de la viuda abandonada.

Á la verdad, se siente una impresión singular cuando se pregunta á los hombres el por qué de tantos dolores. Cierta día, el dulce Enrique Suzo, como pocos habituado á padecer, pasaba cerca de una casa, lleno, como siempre, de sufrimientos. ⁽¹⁾ Oyó gemir á una mujer, y se dijo á sí mismo: Entra para consolarla en su infortunio. Entró, pues, y preguntó: ¿Qué tienes, pobre mujer, para lamentarte así? Acabo de perder mi aguja, respondió ella, y no puedo encontrarla. Salió entonces, haciéndose esta reflexión: Oh

(1) Suzo, *Vie. Ch.* 42.

mujer insensata, si tuvieras una sola de mis penas, no llorarías por una aguja perdida.

Muchos pensaron lo mismo contemplando en nuestros santuarios los ex-votos de que están cubiertas las paredes, y viendo cuales son los principales motivos, que enseñan á rezar una generación que olvidó á Dios. ¡Oh hombres! se dice uno, ¡qué felices sois cuando nada tenéis que deplorar y pedir más que la salud de vuestros caballos, la protección contra el agua y el fuego, la curación de vuestras enfermedades corporales!

Es para derramar amargas lágrimas el considerar lo superficialmente que la mayor parte de los hombres miran sus propias miserias. Nadie puede contemplar sin dolor profundo al pobre loco, que sólo se queja de un ligero vértigo ó de alguna pesadez de cabeza; pero el mismo sentimiento experimentamos al examinar cómo procede la generalidad. Todos se quejan, todos se lamentan, todos están descontentos; pero ¿de qué? Siempre y en todas partes de males exteriores, muchas veces secundarios, de enfermedades, de pérdidas en la fortuna, de vejaciones, de faltas de consideración, de empresas, esperanzas y deseos fracasados.

Ciertamente, no decimos eso por indiferencia ó por desprecio al dolor humano. ¡Dios nos libre! ¿Quién tendría bastante duro el corazón para no compadecer los menores sufrimientos de su prójimo? Nosotros, por lo menos, gustosamente acogemos á cualquiera que nos abre su corazón para darnos cuenta de sus penas, aunque sólo consistiesen en la pérdida de un céntimo ó en la decepción de un placer inocente.

Somos felices cuando alguien nos permite secar sus lágrimas; recibimos como un don de Dios el favor de poder decir una palabra de consuelo á nuestro prójimo y tomar parte en sus penas por pequeñas que sean. Pero ¡qué dicha incomparablemente mayor auxiliarle en un dolor profundo, en un mal verdaderamente grave! Es raro, sin embargo, que los hombres nos proporcionen ese consuelo.

Siempre vienen á nosotros para que nos apiademos de pequeñas miserias; disimulan ó callan las mayores, y menos, por consiguiente, nos llaman para aliviarlas.

¿Qué pensar entonces de la humanidad? ¿Que son únicamente exteriores y secundarios los males que la afligen? ¿Que, semejante al enfermo atacado por la fiebre, no conoce su propia enfermedad?

2. Su propio mal, el pecado, es el que sienten ó confiesan menos.—Sin duda alguna, la verdad está contenida en la última pregunta, y precisamente nos muestra cuán profundamente arraigó el pecado en la naturaleza humana, pues nos quejamos de todo menos de él.

Si la enfermedad más grave es aquella que quita á su víctima la facultad de conocerla tal como es, el más grave de los males es, sin duda alguna, el pecado. Ningún hombre ciertamente se atrevería á decir: Soy puro, ningún mal hice. ¿Pero cuántos habrá que se den cuenta de que su alma está enferma á causa de eso, y que conozcan la gravedad de su dolencia?

Sin duda serán muy pocos los que no consideren como una exageración y repitan sinceramente lo que dice Sócrates: Menos digno de lástima es el robado que el ladrón; el asesino es mucho más desgraciado que su víctima; sufrir la injusticia es mejor que cometerla. Si pudiese escoger, preferiría que me maltratasen, á causar daño á los demás, pues el mayor mal es cometer una mala acción. ⁽¹⁾

Pero nosotros, al contrario, nos quejamos siempre de la injusticia que sufrimos, y jamás de la que cometemos. Gemimos por la severidad de Dios, y no reflexionamos que su justicia nos trata aún con demasiada benignidad. Hablamos de la miseria en que vivimos, pero no queremos hablar del pecado, por el que nos la hemos atraído. Un mal insignificante, que afecte á nuestro cuerpo ó á nuestra fortuna, nos deja desolados. El mal por el que hemos

(1) Platón, *Gorgias*, 24, p. 468, d. y sig. Crisóst., *Ps.*, 48, n. 3; *Ps.*, 139, n. 1. Agustín, *Ps.*, 45, n. 3.

puesto á nuestra alma enferma hasta la muerte, nos deja indiferentes é insensibles.

3. El pecado es el mayor mal, el más odioso, el más horrible.—En este concepto damos pruebas de inexplicable insensibilidad de corazón. Si pensáramos con rectitud deberíamos comprender que toda miseria, toda turbación, todo lo que en el mundo hay más espantoso, es poco, mejor dicho, es nada en comparación al desorden y al horror del pecado.

Muy bien comprendemos que pronunciamos una frase fuerte, pues sabemos qué miserias y qué desórdenes llenan la tierra; pero la decimos, sin embargo, con toda seguridad. Si el pecado no existiese, todos los males serían fáciles de tolerar, ó mejor, en ese caso, no existirían males; el pecado hace del dolor un tormento, del sufrimiento un mal, y de la felicidad misma, una fuente de desgracias y de ruina.

El mayor mal, el verdadero mal, el único mal es el pecado. Nada hay más repugnante, más negro, más horrible; es sin duda el peor de todos los crímenes que el hombre puede cometer contra Dios, y el peor de los atentados contra su propia alma.

Es indudable que, en general, la humanidad conservó aún bastante de su bondad primitiva para admitir lo que acabamos de manifestar como la expresión verdadera de su propia convicción. Podemos con toda confianza apelar á la conciencia de cada cual, y preguntarle si no encuentra en sí misma la confirmación de lo que un ilustre poeta ⁽¹⁾ dice del pecado: Antes que el mal se verifique, se presenta al alma de un modo muy atractivo; no sabe aquélla, cuando escucha las sollicitaciones del mal, por qué la inocencia se retira horrorizada, pues no hay duda en que es aquél gallardo y discreto; pero apenas sucede eso, cuando el alma abre los ojos á la luz, y habla con terror de disfraces que contienen venenos, y en sus sentimientos muertas, no pudiendo esperarse otra cosa de un basilisco, de un áspid, que con solo el aliento enciende rayos.

(1) Calderón, *El veneno y la triaca*.

No obstante lo cual peca; entonces se extremece de horror, y en su remordimiento, cambiada ya en tristeza la alegría, pide que se celebren con triste llanto las exequias de su muerte, pues cree que el corazón le estalló en el pecho.

Y hasta el mismo Satanás, que, sin embargo, se vanagloria de su rebelión, y se enorgullece de no arrepentirse en tanto que Dios exista, no puede menos de lamentar el haber tenido que salir de su hermosa patria para ser por siempre sepultado en el abismo.

4. Según el sentir unánime de los hombres, el pecado es lo más aborrecible que hay.—Ese horror misterioso del pecado permite comprender por qué hay pocas cosas cuyo recuerdo tema tanto el espíritu como el suyo. Quien conozca la conciencia comprende por qué el hombre tan cuidadosamente evita el pensar en el pecado, como en la muerte. Así nos explicamos el motivo de que el Humanismo asegure con apariencias de seriedad que el horror al pecado no se encuentra en la naturaleza humana, como tampoco el temor de la muerte. El incomparable sentimiento de lo bello que tenían los antiguos, y que les hacía imposible toda representación de la fealdad, jamás habría concebido el pecado en forma tan odiosa. Sólo el Cristianismo imprime esa falsa dirección al arte; fué un triunfo de los que en la Edad Media predicaban penitencia, capuchinos ó no, el describir al diablo del modo más negro posible, y el pecado tan horrible como fuese dable. Hubo verdadera emulación en inventar todo lo que pudiese herir el sentimiento estético; y quien excedía á los demás en falta de gusto y en fanatismo pasaba por maestro, daba el tono y atraía hacia sí por la corrupción del sentimiento á poetas y artistas.

Admitimos que la estética no fuese siempre el fuerte de nuestros misioneros, y que ningún perjuicio habría en que los maestros de la verdad y los predicadores atendiesen más al sentimiento de lo bello y aumentasen con los recursos del arte la impresión de su palabra; pero ellos son cier-

tamente los que merecen menos ese reproche, enunciado en aquellos términos.

Aunque alguien poseyese el más delicado sentimiento de lo bello, su gusto estético tendría que desaparecer fácilmente en aquel caso; afirmación que puede aplicarse á los capuchinos como á todo espíritu bien intencionado. Ya los antiguos consideraron el pecado como algo contrario á la naturaleza, como un desorden, como una turbación, como una destrucción de la belleza, como una enfermedad; ⁽¹⁾ les parecía también que, cuando se trataba de figuras destinadas á hacer comprender la unión entre la falta y sus consecuencias, únicamente lo más feo, lo más horrible era capaz de representar el mal. Alecto, Tisifone, Meguera, la Medusa y sus siniestras hermanas, ⁽²⁾ monstruos en forma humana, con garras de bronce en los dedos, garfios á guisa de dientes, serpientes al rededor del pecho, víboras en las sienes ¿no demuestran que la antigüedad se esforzó lo posible para pintar el mal con los más horribles colores? Una de las más insignes santas cristianas, Santa Catalina de Génova, cuenta que Dios le mostró un día la abominación del pecado; su sangre se cuajó en las venas, estuvo á punto de desfallecer, y casi de morir; habría estallado su corazón, aunque hubiera sido de diamante, si la visión hubiera durado un momento más. La descripción que hace la Santa no excede á la de los poetas paganos, al decir de los cuales, ⁽³⁾ el simple aspecto de la cabeza de Gorgona helaba de terror, petrificaba la sangre, y convertía á los gigantes en rocas.

No fueron Dante y los doctores cristianos, que le suministraron la materia de su inimitable obra maestra, los primeros en pensar que el lugar de los condenados es tan

(1) Platón, *Sophista*, 15, p. 228, a. b.; *Gorg.*, 62, p. 507, a. b.; *Rep.*, 4, 18, p. 144, e.

(2) Boettinger, *Kleine Schriften*, (2) I, 251-260, 265-276.

(3) *Vita S. Catharinæ Fliscæ Adurnæ*, 5, 12 56, (Bollan. Septemb. tom. V, p. 163; *Comment. præv.*, n. 119, p. 146).

(4) Homero, *Od.*, XI, 633. Hesiodo, *Scut. Hercul.*, 223 y sig. Esquilo, *Prometh.*, 795 y sig. Ovidio, *Met.*, 1V, 611 y sig., 654 y sig.

negro como las acciones que allí se expían, sino que los antiguos lo habían dicho antes que ellos. Desde las soleadas llanuras de la India hasta las regiones glaciales del Norte, todos los pueblos pintan el ser divino como luz y claridad; todos ponen á sus divinidades en el seno de la luz; todos comprenden que el mal no se armoniza con Dios, sino que forma el contraste más pronunciado con él. Por eso todos representan el pecado como la oscuridad, la noche. Quien ha cometido un pecado, confiesa que hizo una acción siniestra y tenebrosa; lo excusa como una mixtificación de que fué objeto, como un oscurecimiento del espíritu, y lo oculta en la sombra; porque el hombre más insensible se da cuenta de que comete la más negra ingratitud, la más grave infidelidad, y se rebela contra Dios, cuando él, débil mortal, quebranta las leyes que el Señor estableció en virtud del soberano poder que tiene; ⁽¹⁾ cuando él, que depende completamente de Dios, quiere, en su arrogancia sin límites contra el legislador único y supremo, crearse sus propias leyes. ⁽²⁾ Para los paganos era idéntico ser impío y cometer el pecado; ⁽³⁾ pero el reproche de haberse apartado de Dios, su origen y su fin; el reproche de haberse apoyado en la nada, de haber escogido la nada como su propio fin: ese reproche no lo tolera ni aun el hombre más infame. De ahí su fuga, de ahí el cuidado ansioso que pone en extender sobre su acción, como un manto, los velos de la oscuridad y de la noche. Pecado, tinieblas, desorden, crimen, maldad, rebelión, impiedad, son palabras sinónimas en todos los vocabularios de los hombres.

5. Según la doctrina del Humanismo, el pecado es una debilidad humana insignificante.—Debe tenerse presente ese hecho histórico para apreciar el Humanismo en su verdadera naturaleza, tal como se atreve á manifestar-

(1) Esquilo, *Prometh.*, 186, 404.

(2) Demóstenes, *Contra Dionysidorum* 12 *Pythagoræorum similitud.*, 29 (Müllach, *Fragm. phil. Græc.*, I, 498).

(3) Esquilo, *Eumen.*, 151. Sófocles, *Ed. Rex*, 1360.

se hoy abiertamente; no nos proporciona apenas otro medio para contemplar su interior, que sus opiniones acerca del pecado. Verdad es que los antiguos comprendían muy imperfectamente el misterio del mal, pero sentían, sin embargo, desagrado hacia él. Los modernos no vacilan en justificarlo y aún en deificarlo; lejos de admitir el concepto que la antigüedad tenía de la vida como un oprobio para ellos, la miran con piedad, porque la consideran tan llena de miras pueriles como los religiosos cristianos venidos más tarde.

¡El pecado, dicen con tono burlón, es, pues, el más grave mal que puede concebirse, y todas las ventajas de la civilización y del bienestar de los pueblos no son capaces de compensarlo! ¿Puede haber una doctrina más absurda en sus consecuencias? Un soberano que calcula las consecuencias de una guerra, dice Lecky con aire de mofa, debe considerar que un solo pecado causado por ella, una sola blasfemia proferida por un soldado herido, el robo de una sola canasta de aves, un ataque á la inocencia de una joven, —estos apóstoles dan á todo eso una importancia igual— son mayor desgracia que la ruina del comercio de todo un pueblo, que la pérdida de sus más preciosas provincias, que el aniquilamiento de todo su poder. ⁽¹⁾ ¡Cómo embrollaron esos viejos monjes, continúa, la conciencia de los hombres! ¡Cómo les oscurecieron el cerebro y les hicieron amarga la vida! Podría creerse, oyéndolos hablar, que quien comete un pecado es peor que todos los ladrones y todos los asesinos. Encarecen la más pequeña falta, como si fuese un acto de alta traición contra Dios, la ruina del orden moral, un inmenso crimen. Se comprende bien que, como consecuencia de eso, pierda la humanidad el placer de vivir, como pierde el sueño el individuo que una vez por casualidad se hizo culpable de una falta leve. Hemos progresado desde entonces. Sabemos ahora que el pecado no es más que una debilidad insignificante, una bagatela perdo-

(1) Lecky, *Sittengesch. Europas* (Jolowicz, I, 98, 106).

nable, una idea filosófica, los antípodas del bien. ⁽¹⁾ Llenos de esta consoladora convicción, podemos acostarnos tranquilos después de un día de extravío, y ningún espíritu golpeador vendrá á turbar nuestro sueño.

Si toda la sabiduría del espíritu moderno consiste en presentar el pecado como cosa de poca importancia, no la envidiamos; y, por otra parte, ese pretendido descubrimiento nuevo es muy antiguo. Los hombres pecan desde hace mucho tiempo y experimentan por esta razón la necesidad de aplacar su conciencia. Como las mismas causas producen iguales efectos, se inventaron desde hace largo tiempo sistemas para paliar el mal, y si no sistemas, cuando menos palabras audaces.

Ya Crysippo afirma que el pecado es natural, que existe de suyo, y se adhiere al bien de un modo tan inevitable como el salvado al trigo ó la sombra á la luz. ⁽²⁾ Aristipo, maestro en los goces sensuales de la vida, dice en términos aún más atrevidos y más breves, que el pecado no es más que una enfermedad desagradable que cada cual puede perdonarse fácilmente. ⁽³⁾

Vemos que desde hace mucho tiempo la humanidad procura persuadirse, por razones sabias y no sabias, de que el mal no es cosa muy importante; pero no lograron con sofismas tranquilizar la conciencia, y no obstante las tentativas hechas para calmarla, siempre estuvo convencida de que el pecado es el más grave de los males, un mal mayor que la guerra, que la enfermedad y que la muerte.

6. Algo que es una necesidad de naturaleza, por consiguiente, un derecho del hombre.—¡No! Jamás se hará desaparecer del corazón, con algunas frases superficiales, el terror que el pecado inspira; así lo conoce el Humanismo, y por eso adopta medios más fuertes, peores que el mal que deben curar. Semejantes á nuestros doctores, Eisenbart, que quieren hacer desaparecer del mundo to-

(1) Daub. V. Dörner, *Gesch. der protest. Theologie*, 784.

(2) Plutarco, *De Stoic. repugn.*, 37, 2.

(3) Diogen. Laert., 2, 8, 95.